



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Stuart, David: *The Order of Days. The Maya World and the Truth About 2012*, Nueva York, Harmony Books, 2011.

Laura Sánchez

UBA

lausanchez@gmail.com

En el año 2012, la pregunta sobre qué dijeron los mayas acerca del fin del mundo se pronunció por doquier. Se generó un boom mediático donde se intentaron respuestas a esta pregunta, en el que primaron el sensacionalismo y el exotismo. Anticipándose a esta situación, David Stuart publicó en el año 2011 el libro *The Order of Days. The Maya World and the Truth About 2012* (*El orden de los días. El mundo maya y la verdad acerca del 2012*), con un título que anuncia desde el principio que tiene algo para decir en este boom sobre los mayas que se avecinaba. David Stuart es un mayista norteamericano, de referencia en el área, que comenzó su carrera a muy temprana edad; actualmente es director del Mesoamerican Center de la Universidad de Texas en Austin. Al escribir este trabajo busca generar un material de referencia y consulta para aquellas personas interesadas en comprender la relación entre la cultura maya y sus concepciones del tiempo, tanto investigadores especializados como un público más amplio. Intenta dejar sentada una posición ante la cantidad de publicaciones de pseudo-ciencia que versan sobre la cultura maya y el 2012, aunque señala que no busca refutar punto por punto cada argumento, sino otorgar elementos para aquellos interesados en lo que realmente decían los

mayas. Sus objetivos son claros por el estilo del libro, escrito en un lenguaje accesible sin por ello perder rigurosidad. Si bien el trabajo tiene un objetivo de corto plazo, que lo volvería obsoleto luego de diciembre de 2012, las explicaciones son útiles para cualquiera que quiera conocer y comprender la forma de entender el tiempo en esta cultura.

Uno de los aportes más interesantes que realiza Stuart es el de promover la reflexión no sólo sobre el calendario maya, sino también sobre cómo el mundo occidental configuró su propio mecanismo de contabilización del tiempo y, más que nada, sobre la relación entre la sociedad posmoderna y las culturas antiguas. ¿Por qué la sociedad actual busca respuestas a sus problemas en culturas tan distantes de la propia? ¿Avanzó la comprensión popular acerca de los mayas y de Mesoamérica? El libro se convierte no sólo en un “manual” para entender el sistema calendárico, sino que también narra la historia de una idea sobre lo maya vigente en el mundo occidental posmoderno (especialmente en Estados Unidos), historia marcada por una visión exotista arraigada desde hace siglos, donde lo precolombino en general y lo maya en particular es visto como misterioso.

“Estas espectaculares declaraciones sobre el 2012 y su significado (...) son las últimas manifestaciones de una idea arraigada en la imaginación popular norteamericana de que los pueblos mesoamericanos y los 'misteriosos mayas' son exóticos e incluso, de alguna forma, foráneos. Fundamentalmente, esto habla de una inhabilidad de gran parte de nuestra propia cultura (...) de enfrentarse al hecho de que muchos antiguos americanos eran tan civilizados como sus contrapartes del Viejo Mundo” (pp. 11-12).

Como él mismo dice, el *fenómeno 2012* tiene más para decir sobre el mundo actual que sobre el maya; un mundo que, envuelto en una crisis de valores y creencias, recupera y reinventa fragmentos de otras culturas y cosmovisiones, generando una mezcla ecléctica de creencias totalmente desvinculadas de su contexto original.

El trabajo se organiza en diez capítulos, donde el autor conjuga distintos registros y múltiples líneas de evidencia que se articulan para hilar la explicación, y para construir de a poco la *verdad* a la que se refiere en el título. Trabaja con distintos tipos de documentación: iconografía en cerámicas y monumentos, textos epigráficos, códices y manuscritos coloniales; también utiliza la analogía etnográfica, e incluso apela a sus vivencias como investigador, recurso que en algunos momentos resulta excesivo, aunque no deja de ser interesante para el lector no especializado. A la hora de trabajar sobre procesos históricos o sistemas calendáricos, Stuart no se detiene sólo en la

explicación sino que también detalla las convenciones de las que forman parte, las formas en que la comunidad científica llegó a conocer dichos sistemas, y una breve historia de los principales documentos para entenderlos. De esta forma se permite demostrar y recordar la validez del discurso científico y la cantidad de personas que aportaron al conocimiento actual de estos temas.

En el primer capítulo, “La profecía itzá”, Stuart relata de forma pormenorizada los hechos que desembocaron en la conquista del territorio de los itzá, en la selva del norte de la actual Guatemala, a fines del siglo XVII. Aquí revisa la conquista del área maya, recordando que el orden colonial demoró en implementarse, ya que hubo resistencias y negociaciones de los pueblos nativos. Trabaja sobre las “entradas”, expediciones de grupos de frailes que buscaban la conversión de las poblaciones no cristianas. La documentación generada por estas entradas indica que los líderes itzaes respondían, ante los intentos evangelizadores, que aún no era momento para abandonar a sus dioses, pero que ya llegaría el tiempo para ello (lo que finalmente ocurre a fines del siglo XVII). Stuart analiza este proceso resaltando que la interpretación de las profecías nativas fue un factor determinante, dado que “para los itzá y otros mayas, el tiempo no era sólo un medio de medir el transcurso de la historia, sino también una fuerza moldeante que determinaba la experiencia humana” (p. 17). Este capítulo permite introducir dos ideas: por un lado, que los mayas no contaban con profecías adivinatorias del futuro; por otro, que la concepción y la percepción del tiempo afectaban las decisiones de los hombres y el curso de su historia.

El capítulo 2, “Tiempos mesoamericanos”, funciona a modo de introducción de la historia y la periodización mesoamericana precolombina, describiendo las distintas culturas que se desarrollaron en la región. Explica los orígenes de los términos “Mesoamérica” y “maya”, categorías principalmente analíticas, señalando que “incluso hoy, relativamente pocos pueblos k'iché o tzotzil prefieren llamarse a sí mismos Mayas, dado que el término tiene poco significado o marco de referencia para ellos” (p. 51). También menciona los orígenes de la civilización maya, realiza un breve resumen de la historia del desciframiento de la escritura e informa sobre los “misterios” del colapso maya a fines del período Clásico, indicando no sólo que la población no desapareció, sino que también los motivos de la caída de las ciudades del Clásico aún están en debate. Este capítulo introduce al lector no especializado en una cronología básica de los distintos pueblos de

Mesoamérica, y concluye también que el conocimiento sobre la mitología, la epigrafía y el arte maya cambian al ritmo de los nuevos descubrimientos.

En el capítulo 3, “La esencia del espacio”, desarrolla la idea de *paisaje sagrado*, es decir, la relevancia que algunos rasgos del paisaje tenían para la veneración, el sacrificio o la realización de rituales en determinados días del calendario. Describe, a partir de información etnohistórica o etnográfica, y complementando con fotografías y gráficos, distintos rituales con una estructura sagrada similar. También informa sobre las distintas capas o estratos que se interrelacionan en el cosmos. La articulación entre tiempo y espacio comienza a trabajarse en el capítulo siguiente, “Encontrando el orden”. Aquí reflexiona sobre las formas en que el tiempo es experimentado en las distintas comunidades, e introduce la idea de que hay distintas maneras de organizarlo, medirlo y contabilizarlo. A inicios del capítulo realiza una descripción minuciosa de cómo se cuenta el tiempo y en qué unidades se descompone. Si bien en un principio puede parecer obvio explicar qué son las horas, los días y los meses, termina sumiendo al lector en el ejercicio de reflexionar acerca de algo que hemos naturalizado de tal forma que no nos preocupamos por conceptualizar. Además de introducir el concepto de agrupamientos de años en grupos de 20 en Mesoamérica, trabaja sobre la historia del calendario gregoriano, de uso civil a nivel mundial, así como de las modificaciones y cambios intencionales que afectan nuestra propia forma de medir el tiempo:

“Los calendarios siempre han existido para brindar orden a las vidas individuales y a las comunidades, y en perspectiva histórica vemos que el deseo de un tiempo estructurado estuvo siempre ligado íntimamente a la religión —otra arena que desea poner orden en lo que es, de otra forma, un mundo bastante desordenado e incomprensible—” (p. 113-114).

En los siguientes dos capítulos se dedica específicamente a describir los sistemas calendáricos. En “Ideas sobre el día”, se adentra en el concepto de “día” de los mesoamericanos, donde “cada combinación de un número y un nombre (...) representa una estación particular de un ciclo perpetuo de 260 días. Los números van del 1 al 13, combinándose con uno de los 20 nombres individuales de días, produciendo un total de 260 posibles combinaciones (13x20=260)” (p. 116). Trabaja sobre los días aztecas, a partir de códices nahuas y temprano coloniales, y sobre los mayas, conocidos por los documentos del siglo XVI en lengua yucateca. Incluye aquí la lista con los nombres de los días, sus glifos y sus nombres en yucateco, así como su significado en los

casos que se los conoce y, de existir, su traducción al inglés. En este capítulo, además, realiza dos análisis para ilustrar estas concepciones del tiempo; en el apartado “Tiempo en una página” analiza con detalle una página del Códice náhuatl Féjervary-Mayer, que condensa una gran cantidad de información de los calendarios de 260 y 365 días. En el apartado “Tiempo en un plato”, analiza en el mismo sentido una secuencia de días de un plato maya, aunque no indica la procedencia ni la ubicación actual de este plato, datos que uno espera en un texto de estas características. También menciona que el calendario de 260 días continúa en uso en algunas comunidades de México y Guatemala, narra la historia del desciframiento del calendario, y reseña las hipótesis que se propusieron para explicar por qué se elaboró un calendario con esa cantidad de días.

Luego pasa a explicar el siguiente calendario, el *haab*, de 365 días. Explica cómo está compuesto (18 “meses” de 20 días de duración + 5 días extras en un período llamado *wayeb* antes del inicio de un nuevo año, sin años bisiestos) e incluye nombres y glifos de los meses, y una tabla con equivalencia de nombres entre yucateco y maya clásico. Al explicar ambos calendarios completa la explicación de la Rueda Calendárica, uno de los dos sistemas de cuenta del tiempo. Es importante destacar, como él hace en este capítulo y en el siguiente, que los nombres de los días, de los calendarios y de los períodos no necesariamente eran los utilizados en el período clásico, sino que se tomaron del maya yucateco del siglo XVI. En el siguiente capítulo, “Cuenta Larga”, comienza relatando el desciframiento de este sistema de cuenta de tiempo, así como la forma en que se llegó a establecer una correlación entre la Cuenta Larga y el calendario gregoriano. También explica el sistema maya de Cuenta Larga, contabilidad lineal del tiempo a partir de la suma de días transcurridos desde una fecha inicial en 3114 a.C, y las formas de combinar la Rueda Calendárica con la Cuenta Larga, así como el vínculo entre el tiempo y el sistema político en que era utilizado. Menciona la importancia de los rituales de finalización de períodos como el año (*tun*), veinte años (*katun*) o veinte katunes (*bak'tun*, aproximadamente 400 años). Cierra el capítulo con una discusión sobre una, según él, falsa dicotomía entre “tiempo lineal” y “tiempo cíclico” que adscribe a la Cuenta Larga un tiempo lineal, y a la Rueda Calendárica un tiempo cíclico. Para él, la Cuenta Larga también es tiempo cíclico, pero de ciclos mucho más amplios, de casi cinco mil años.

En el séptimo capítulo, “Principios y fines del mundo”, evalúa distintas narrativas míticas acerca del origen del mundo, entre ellos el relato de los Cinco Soles mexicana, el Popol Vuh maya, la estela 6 de Quiriguá, la Vasija de los Siete Dioses y la Tríada de Palenque. Como punto general, puede afirmar que

“la cosmovisión mesoamericana veía el universo como un sistema en desarrollo y evolución, puntuado por episodios de destrucción y reformulación (...). Narrativas de los mayas, los aztecas y otras tradiciones cuentan cómo, a lo largo de vastos períodos de tiempo, los dioses ejecutaron múltiples experimentos con la creación de las personas, hasta que lograron hacerlo bien” (p. 195).

Aquí reside uno de los principales problemas del supuesto “fin del mundo maya”, ya que se mezclan la destrucción y el catastrofismo de la Leyenda de los Soles con la cuenta del tiempo maya, dos sistemas de creencias que tienen muy poca conexión entre sí. Al hablar del Popol Vuh, además de resumir su argumento, hace una crítica al excesivo uso de ese documento para explicar toda la mitología maya previa, como una “supervivencia” de la época clásica, en lugar de considerarlo como lo que es: un texto de una región y un momento específicos. Por ello se detiene a analizar otras evidencias del Clásico, como la estela de Quiriguá (de la que realiza un estudio epigráfico) o la iconografía de la Vasija de los Siete Dioses. Cierra el capítulo recordando que todos estos son relatos sobre la creación, pero que no hay un solo texto precolombino, colonial o moderno, que haya predicho alguna vez el fin del mundo.

En el capítulo 8, “El tiempo más profundo”, presenta nuevas ideas que requieren más investigación, acerca de las unidades de tiempo mayores, que crecen de manera exponencial a partir de *bak'tunes*, alcanzando períodos de decenas de miles o incluso millones de años. Stuart propone llamar a este sistema una “gran cuenta larga”, creada para cubrir la necesidad de dar una mayor profundidad temporal a la historia y la mitología mayas. Para él, la Cuenta Larga de cinco unidades o períodos, que se utiliza en la mayoría de los monumentos, es una abreviatura de un tiempo mucho más profundo. Más allá de que esta sección puede resultar confusa, la conclusión que propone es clara: la fecha de la “creación” no es un inicio absoluto, desde cero, de la cuenta del tiempo, sino que es un nuevo inicio en un tiempo cíclico, mucho más profundo de lo que pensábamos antes.

El capítulo 9, “Reyes del tiempo”, está dedicado a analizar la articulación entre los

gobernantes de las ciudades mayas y la organización del tiempo. Describe en qué consistían los rituales de celebración de nuevos períodos, y cuestiona la idea de que los mayas manipularan o controlaran el tiempo, ya que esto supone que los gobernantes existían “fuera” del tiempo y podían modificarlo. También menciona la idea de que el “pasado” puede volver a manifestarse, y en ese sentido el análisis de tiempos anteriores puede ser un indicador de lo que ocurrirá en el futuro; incluso propone una hipótesis muy sugestiva (en la que no profundiza) sobre el “colapso” maya: que tal vez la historia de las dinastías haya sido pensada como parte de un ciclo, con un inicio y un final íntimamente vinculados a esta concepción del tiempo. En el último capítulo, “Mirando estrellas”, discute con las nociones de “misterio”, de “mayas de otro mundo”, con las ideas del fin de los tiempos y con el *new age*. Además, Stuart critica la obra de quien fuera su mentora, Linda Schele, que reforzó la imagen de una iconografía maya dominada por los astros, ideas que actualmente no tienen asidero. En el último apartado del texto intenta dejar clara la idea de que ningún texto maya anticipa ningún evento destructivo para la finalización del bak'tun 13, aunque esto no quita que el cambio de período no fuera importante en el calendario maya, como cambio de época y como la primera de muchas repeticiones.

Para finalizar, rescatamos esta reflexión acerca del boom sobre lo maya mencionado al inicio de esta reseña:

“Mucha gente hoy ve el antiguo calendario de la Cuenta Larga como teniendo una profunda relevancia para nuestro mundo moderno, como un mecanismo que predijo un próximo 'final de los tiempos' o una 'transformación de la conciencia'. Es como si los antiguos mayas hubieran podido anticipar, de alguna manera, los temores y problemas que experimentamos en nuestra vida moderna industrial, y ofrecieran un final del juego místico que pudiéramos esperar. No tenemos tanta suerte. La verdad del asunto es que el calendario maya era inseparable del antiguo mundo que lo creó: una cosmovisión perdida de reyes, dioses y ancestros. Al torcer esta especial visión del tiempo y la cosmología lejos de su particular ambiente histórico y cultura, no hacemos más que manipular el pasado para nuestros propios propósitos y mensajes. La sociedad moderna siempre hace este tipo de cosas con los símbolos de civilizaciones pasadas” (p. 282).

En resumen, podemos decir que el libro de Stuart aporta una explicación bien articulada acerca de las formas en que el tiempo se organizaba y se experimentaba en Mesoamérica, pero también de cómo el mundo occidental conoció, divulgó y reinterpretó estas concepciones.